

## LA ISLA DE LAS BABOSAS.

Me encanta ir de compras, sobre todo en el súper, sí porque, como muy a menudo me ocurre, regreso a casa con el cesto casi vacío y la cabeza prácticamente llena de historias que regalan en casi todas las secciones. Si las quiero frescas, voy a la charcutería, también a la carnicería, o si no a la pescadería, y si hay panadería por qué no. ¡Bueno! Es increíble la cantidad de ofertas que uno encuentra al cabo del día.

¡Hoy ha sido terrible! Guiado por no sé qué pensamiento, de pronto, me he encontrado cerca del numerador de turno de la pescadería. Delante de mí había tres señoras con la clara intención de coger cada una su número pero, en su acalorada conversación, otra palabra interrumpía el gesto. Finalmente, lo cogieron. Pude recortar el mío.

Me coloqué en un punto desde el cual podía ver todas las personas que esperaban su turno. Después de un minucioso rastreo, cuento tres grupos de dos y uno de tres personas. Tres de señoras y uno de estudiantes, son dos, llevaban carpetas.

Las señoras que cogieron turno delante de mí se separaron automáticamente. Las vi cada una en un punto estratégico del mostrador pescando con la mirada las mejores piezas, también miraban, con recelo, los clientes que en ese momento hacían realidad sus deseos. Por poco me sumo a la pesca, pero al instante, una extraña sensación recorrió todo mi cuerpo; partió del vientre y se extendió por todas partes hasta llegar a los pelos que se quedaron tiesos. Dejé de prestarles atención para acercarme a los estudiantes que seguían hablando. Me coloqué de espalda al mostrador como el que nada. Entonces, descubrí una estantería metálica esquelética, con ruedas, de esas que cambian de sitio cuando ya sabes donde están. Creo incluso que fue colocada ahí después de mi llegada. Sentí, al verla, ternura, como si fuese un potro salvaje al que iba a poder acariciar antes de desaparecer con la misma espontaneidad. Estaba cargada de frascos de hierbas aromáticas. Empecé a buscar las que servían para preparar pescado. Alcancé el primero que encontré, me puse a leer la etiqueta, antes de acabar, la voz de los estudiantes ocupaba mi mente más que mi propio

pensamiento, sin embargo ellos seguían en el mismo lugar. Fue como si mis oídos se afinaran progresivamente para alcanzar la agudeza que poseen los gatos.

El chico que llevaba la melena recogida en una cola, comentaba que ayer por la tarde, después de la siesta se decidió para limpiar su habitación que lo necesitaba desde hacía algún año. -La verdad -añadió-, si me he decidido hoy es porque la pila de periódicos resultaba ya peligrosa; antes de abrir el armario, me preparaba para sujetarla. Los saqué e hice tres montones que dejé para el final, cuando tuviera que ir al contenedor. De regreso a la habitación, después de deshacerme del último paquete, me di cuenta, molesto, que quedaba un periódico en el suelo. Lo cogí para dejarlo otra vez dentro del armario, pero un extraño titular me atrapo y me llevo a la cama donde leí el artículo. No entiendo cómo se me pudo escapar en su momento. Se llama: "La Isla de las Babosas".

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, sacó de su bolsillo una hoja de periódico plegada. Dejé el frasco en cualquier lugar de la estantería y, discretamente, me acerqué a ellos fingiendo un enorme interés por un extraño pez que acababan de depositar en el mostrador sobre un escalofriante lecho de hielo.

Era del día 12- 11- 200..., no pude ver el año exacto; el chaval sujetaba la hoja por la esquina superior izquierda, el lugar en el que figuraba la fecha. El otro, más bajito, sin pensarlo se la quitó de las manos dejándole entre el pulgar y el índice dicha esquina que fue lanzada, con risas, hacia el techo después de plegarla delicadamente hasta alcanzar el insignificante tamaño de un grano de arroz. La perdí de vista desde el primer instante. La cara que puso el chico de la cola no pasó desapercibida, tanto que la hoja fue desplegada con nerviosismo y torpeza. Era doble. Con la misma prisa, empezó a leer. Desde mi lugar oía con claridad lo que decía.

Un reportero, de no sé qué cadena de televisión, fue llevado a una isla, casi olvidada, del Mar Cantábrico para llevar a cabo una investigación. Las primeras noticias que llegaron a la cadena decían que el único poblado de esa isla había sido destruido y asesinado en extrañas circunstancias. Atrapados por la incredulidad del asunto, el reportero fue enviado al lugar de los hechos, de incógnito, para estudiar el caso y sacar sus propias conclusiones.

Así comenzaba el artículo que era narrado por el propio reportero:

Contaré las cosas tal como me las encontré en el lugar de los hechos y tal como las dejé.

Fui depositado en una de las playas que nos llamó la atención porque vimos que un rastro idéntico al que deja una barca arrastrada en la arena iba del mar a la arena o tal vez de la arena al mar. Esa marca no correspondía a la forma de las embarcaciones de los nativos. En el mar nada era visible, nada punteaba el horizonte, sólo quedaba seguir el rastro tierra a dentro.

El rastro desaparecía donde terminaba la arena y a partir de ahí, nada. Di varios pasos alrededor de ese punto hasta que descubrí que en los arbustos y también en el suelo había restos de una sustancia gelatinosa de color grisáceo. No me atrevía a tocarla así que con el extremo de una rama cogí un poco de esa masa mucosa, la acerqué a mi nariz, el olor era fuerte y molesto; me recordó el olor del aceite sucio de los coches. En uno de los bolsillos del chaleco llevaba guantes de látex, me puse el derecho, volví a coger un poco de esa sustancia, recogí un buen pegote que froté entre mis dedos para apreciar mejor la textura; era muy resbaladiza. Guardé una muestra y seguí adelante.

Caminé no sé cuanto tiempo bosque adentro tratando de abrirme paso entre la maleza sin hacer demasiado ruido. El interés que prestaba a los hechos me hizo perder la noción del tiempo. De pronto distinguí, a unos cien metros delante de mí, una zona con muy pocos árboles. Me acerqué todo lo posible con el mismo cuidado. Era un poblado, en él reinaba un silencio de muerte. De un par de chimeneas, era lo único que veía desde mi posición, salía una delgada y huidiza columna de humo. No apreciaba ninguna otra señal de vida.

No tardé en distinguir un sonido parecido al que hace el barro cuando se mete los pies dentro, no acertaba en descubrir de dónde provenía, era como si llegase de varios sitios a la vez, o de todas partes. Nada se movía. Cambié de lugar; lo mismo. Con la máxima discreción me acerqué a un poste que estaba a unos pasos de mí en una zona despejada. Esta vez el ruido era más fuerte, tuve la convicción que venía de muy cerca, intenté dar unos pasos para esconderme detrás de un matorral, pero algo me retuvo; no podía levantar el pié derecho, algo lo sujetaba firmemente.

Me agaché para tirar del tobillo con las dos manos cuando, al apartar las hierbas, vi que mi bota estaba hundida, casi por completo, en una masa como la que había descubierto en el lugar donde desaparecía el rastro en la arena. Era idéntica: grisácea, espesa, gelatinosa y grasienta, salvo que el olor era más intenso. No pude hacer otra cosa, para liberarme, que verla de muy cerca y vomitar cuando el olor me sacudía el estómago.

Una vez liberado, con un pañuelo tapándome la boca y la nariz, contemplé aquello con ganas de tener a alguien a mi lado. Era una babosa que medía más de cincuenta centímetros de largo y, posiblemente, de diez a quince de ancho y otros tantos de grosor. Digo posiblemente porque al pisarla había reventado. Lo que quedaba era un enorme pegote que todavía se extendía pesadamente como una gota de tinta sobre una hoja de papel secante. Luego, me senté sobre la hierba para quitarme la bota y limpiarla. No sabía que hacer para no mirar esa cosa fangosa y sobre todo evitar a toda costa el olor que se había vuelto denso y sobre todo asfixiante. De modo que dejé la mochila en el suelo, me quité la camiseta, me puse de nuevo la camisa y el chaleco que nos proporciona la cadena cuando salimos a la caza de alguna noticia, y me la coloqué en la cabeza hasta por debajo de los ojos protegiendo, así, la nariz y la boca. Anudé la parte inferior, estiré hasta ceñirme bien el cuello. Me sentí mejor. El olor no desapareció, dejó de ser asfixiante. De ese modo, además, tenía las manos libres. ¡Qué horror!

Bueno, no quería sacarles brillo, sin embargo podría haber aprovechado la situación y extender esa cosa en lugar de quitarla, no hubiera sido malo para mis castigadas botas. Por otra parte, no podía perder tiempo porque pronto llegaría la vigilancia que consiste en alejar del lugar a los curiosos como nosotros; tenía que desaparecer antes.

Me calcé, me eché la mochila a la espalda y fui a esconderme detrás del arbusto que más cerca se encontraba de mí. Horrorizado y a la vez reconfortado, no aplasté la babosa que estaba debajo y que se arrastraba pesada pero decididamente. Dejaba rastro pero éste desaparecía a los pocos segundos (sigo sin entender por qué). Me acerqué al bicho para verlo bien. Lo único que lo diferenciaba de las babosas que siempre he visto era el tamaño; más o menos el que había intuido. Sólo verla, me producía escalofríos.

Me alejé para esconderme detrás de otro arbusto que se encontraba a pocos metros del anterior, lo vi después de descubrir esa especie de serpiente. Decidí que, con precaución, era preferible rodear un poco la zona antes de arriesgarme. Entonces, oí que algo se acercaba: se movía entre la hierba a ras del suelo, de vez en cuando, una rama fina se partía. Me tiré al suelo y desde mi pequeñez; unos veinte centímetros del suelo, rastreeé todo lo que mi mirada alcanzaba. No veía nada, sólo los ruidos que se acercaban cada vez más. No sé si ya me había repuesto de la impresión, pero cuando coloqué la mirada otra vez en el punto de inicio para seguir la vigilancia, estuve a punto de lanzar un alarido del susto que me dio

otra asquerosa babosa que, sin inmutarse de mi presencia, avanzaba también con decisión y hacia la misma dirección que las demás a unos pocos centímetros de mi cara. En ese momento, averigüé que ella hacía el ruido. Sin recobrar la respiración di un brinco de, por lo menos, un metro (no exagero); un bicho de esos empezó a subirme por la pierna. Fui a parar detrás de un motón de troncos y ramas que ni siquiera había tenido tiempo de ver. Ahí también descubrí más bichos, y allí, y allá, había por todas partes.

Acostumbrado ya, creo, un poquito a esas cosas, sin que fuera motivo para dejarlas acercarse, comprendí que los ruidos eran producidos por ellas, también empecé a fijarme que era lo único que se oía. No lo podía creer; prestaba cada vez más atención y nada, no se oía otra cosa. Ese era el único síntoma de vida en todo el lugar. Me asusté, maldije la hora en que me presté voluntario para cubrir esa información. Tenía que continuar hacia delante, no disponía de mucho tiempo, era necesario encontrar más información.

Seguía detrás del motón de leña cuando me di cuenta que a escasos metros de mí había una choza. Desde mi sitio no veía la entrada, tal vez era mejor; podía así acercarme cuidadosamente sin ser visto. Avancé lentamente a gatas, procuraba no hacer más ruido que el que hacían las babosas. Así, desorientado, di casi toda la vuelta a la chabola para encontrar la entrada. Acerqué el oído; nada. Esperé; nada, ningún indicio de vida. Levanté la piel que colgaba en la entrada, adelanté la cara para introducirla justo hasta la línea de la penumbra para poder ver el interior; nada nuevo. Solté la cortina y di media vuelta. A mi asombro, ahí delante, muy cerca había más chozas. Desde mí lugar conté una docena. Seguía sin ver el menor rastro de vida que no fuera el de esos invertebrado.

Caminé hacia la siguiente choza manteniendo la dirección que pensaba me llevaría al centro del poblado. Adopté la misma actitud, una vez asomado en su interior sólo vi un par de babosas. Una de ellas estaba en el estado en que dejé la que pisé. Entré, la cortina cayó detrás de mí oscureciendo algo más la penumbra. Mis ojos se adaptaron rápidamente. Avancé lentamente hacia el charquito todavía sonoro y me arrodillé ante él. Me extrañó; era del mismo color que la que aplasté, salvo algunas manchas que parecían sangre. No lo podía creer. Con una rama recogí un poco de esa sustancia roja para verla a la luz del exterior. Era sangre. Sólo me faltaba eso; ¡una babosa con sangre!

Me senté apoyando la espalda contra la choza con la cámara entre las manos. Un ruido sordo me sacó de mis pensamientos, se produjo en una zona de hierbas altas, como si una

fruta grande y madura hubiera caído de un árbol. Me arrastré en esa dirección, cuando vi lo que era, miré hacia arriba protegiéndome la cara con las manos. Hubiera deseado liberar mi explosiva tensión con un grito salvaje, pero mis manos me lo impidieron. Lo que había caído al suelo era una horrible babosa, conté tres sobre las ramas. No quise ver más.

Me alejé sin perder un instante, en la huida, algo cedió bajo mis pies con varios crujidos suaves. Me asustó la sorpresa, pero cuando supe lo que era ya no pude aguantarme, me puse de cuclillas, solté tal grito que de pronto pareció que el mundo se acababa de verdad; miles de aves salieron desde todas partes en todas las direcciones, sus gritos junto con los aleteos produjeron un estruendo ensordecedor. En la misma posición, presioné los brazos contra el pecho tapándome los oídos con las manos. Cuando el ruido desapareció, me sorprendí llorando; lo que se había roto bajo el peso de mi cuerpo era el peroné y la tibia de un esqueleto humano. Era un niño, sus huesos no aguantaron el peso de mi cuerpo. Aterrado y sin dejar de llorar, ahora en silencio, constaté que sólo quedaban unos pocos jirones de fibra muscular todavía fresca sobre estos.

Volví a oír otro golpe sordo, éste parecía como amortiguado por un colchón de espuma. Sobresaltado miré hacia esa dirección: a un metro de mí acababa de reventar una babosa, de su cuerpo salía líquido negro y también sangre, no sabía si reventó al caer o es que estaba tan cebada que así acabó.

Lo que, en una fracción de segundo, había pasado por mi cabeza era creíble; ciertos detalles coincidían casualmente. Por otra parte, era demasiado pronto para hacer conjeturas.

Sin darme cuenta, me encontraba de pie y avanzaba hacia el interior de la aldea. Sólo me preocupaba el no entrar en contacto con una gelatina de esas características. Nunca más volveré a comer una de esas de cola que me prepara mi mamá. ¡Lo juro!

No daba abasto para vigilarlo todo a mi alrededor, andaba prácticamente de puntillas. Pronto, un enorme susto me enfureció motivado por la impotencia al sentir bajo mi pie izquierdo una serie de chasquidos suaves. Me quedé petrificado, no tuve tiempo para ni siquiera pensar en intentar gritar, deseé morir en el instante. Era los huesos de la mano derecha de los restos del cuerpo de un hombre de avanzada edad; el pelo era algo crecido y gris, había restos de un tapa rabos oscuro. No sé si fue de repente o tal vez estaba demasiado obsesionado, pero en ese momento, desde todos los sitios, oía ruidos de hierbas secas crujir y golpes ensordecidos. Cada vez que daba un paso tenía que mirar dónde iba a

poner el pie. Acabé teniendo la sensación de que yo mismo era una masa peguntosa y que al andar producía ese sonido que tanto se imponía. No caminar bajo los árboles se había convertido en una obsesión.

Ya casi no podía andar ni de puntillas; entre cuerpos destrozados, babosas saciadas, algunas demasiado, no sabía dónde poner los pies para poder seguir.

Acabé preocupándome por no volver a sentir ningún crujido. Menos mal porque estuve a punto de producir otro. Justo medio cuarto de segundo antes un impulso eléctrico activó tal parálisis en mí que con una pierna levantado no perdía el equilibrio. Ahí, en el suelo, había otro cuerpo, parecía una madre que, en posición fetal, intentaba proteger un niño de algo inminente. Llevaba unas telas de colores alegres desde lo que era los hombros hasta los tobillos, el niño no llevaba trapos, pero sí una babosa reventada, enorme y roja dentro del tórax.

A estas alturas, creía que había perdido la noción del tiempo para siempre. Después de encontrarme con más atrocidades observé que no había restos de ningún hombre de mediana edad, es como si todos hubieran desaparecido unos instantes antes de la desgracia. Sí pude ver en una zona una especie de red hecha con plantas trepadoras, colgada de varios árboles. Muy cerca de allí, tumbadas en el suelo, había unas rejas hecha con ramas rectas y del tamaño de un brazo, parecía que iban a ser destinadas a la fabricación de una jaula muy resistente.

Un timbre electrónico me sacó de la realidad, tal vez fue mejor. Aterrado, me sentí en otra dimensión; también éste parecía llegar de todos los sitios. ¡ Extraterrestres! Hasta que me di cuenta que era el teléfono móvil que llevaba en la mochila que colgaba de mi espalda. La dejé en el suelo tembloroso de excitación, me costaba desabrocharla hasta que por fin lo conseguí alcanzando el teléfono iluminado allá en el fondo oscuro. Descolgué: -tienes que volver al punto de partida; un barco militar se dirige hacia la isla, la bandera se agita tanto que es imposible saber a que nacionalidad pertenece. Tienes tres minutos para salir a la playa; el helicóptero está llegando. ¡Corre, corre!

Cerré la mochila a toda prisa y mal, me la eché al hombro, los brazos ligeramente doblados y pegados en los costados juré que iba a batir el record de los dos mil metros con obstáculos.

Ignoraba la distancia que me separaba de la playa, pero todo pasaba a gran velocidad a mi lado. Estaba tan preocupado por correr todo lo deprisa que podía que me di cuenta que estaba en la playa cuando mis pies se hundieron en la arena. Casualmente, no me había alejado demasiado de donde fui depositado. Apareció el helicóptero, se quedó parado sobre mi cabeza dejando colgar una escalera que se agitaba tanto que pensé que no querían que la alcanzara. Allá arriba alguien gritaba gesticulando. Me aferré con las dos manos a la primera varilla que alcancé. El aparato se elevó sin esperar a que me sujetara con los pies.

Si no me equivoco, llegamos a la isla por el Suroeste y ahora la abandonábamos por el Norte. No tardamos ni diez minutos en cruzarla de parte a parte.

Al llegar a la costa norte, estábamos bastante alto, pregunté a Pedro, el piloto, si veía lo mismo que yo en la dirección en que le señalaba. Me contesto que sí. Dio un giro y descendió dirigiéndose hacia esos pequeños bultos alargados tirados aquí y allá en la arena de la playa. Cuando ya pudimos ver que eran personas, el aparato se alejó tomando altitud. Con irritación, le dije que no hiciera eso y que por favor volviese para verlos de más cerca.

-Ni hablar, ya hemos perdido demasiado tiempo, el barco nos puede atacar es muy peligroso.

-¡Por favor, es, te lo aseguro, lo último que quiero ver, podría ser lo que me falta por averiguar, es importantísimo, luego te diré por qué, pero por favor, hazme caso ahora! Sólo te pido que descendas a unos cuantos metros para tomar las últimas fotos y desaparecemos, -añadí sin dejarle tiempo a más réplicas-.

No dijo nada, efectuó un giro hasta colocarse de forma que el recorrido iba a ser en línea recta descendiendo primero sin disminuir la velocidad y volver a ascender para finalmente desaparecer como habíamos convenido. Se lanzó casi en picado. Me agarré al asiento temiendo salir disparado hacia arriba, y no sé cómo conseguí apretarme el cinturón todo lo posible para liberarme las manos. Con la cámara entre los dedos, me preparé para disparar todas las fotos que pudiera mientras nos acercábamos.

No sé cuantas disparé pero las veo pasar en mi mente una tras otra una y otra vez en el orden en que las había tomado. Habían recorrido cerca de veinte kilómetros para llegar hasta allí. Parecían agotados, iban armados hasta los dientes. Se les veía...

En ese momento el número ochenta y siete sonó con fuerza detrás del mostrador, llegó directo del diafragma. El chico que hasta ahora estaba leyendo a toda prisa y a media voz

dijo – ¡yo!, alzando la mano con la que sujetaba la hoja de periódico, la plegó y se la metió en el bolsillo de la camisa. Ya estaban delante del escaparate diciendo no sé qué a la dependienta al mismo tiempo que señalaban con un dedo.

Me fui sin comprar nada. Se me fueron las ganas.